

Supernaturalia
En Lingüística
Volumen 2

NORMA MUÑOZ LEDO

Ilustraciones de Helguera
y Hernández

loqueleg

PREFACIO

El volumen I de *Supernaturalia*, que incluye las historias de duendes, lugares encantados, animales sobrenaturales y la Muerte recopiladas por Alethia Ventura a lo largo de años de exhaustiva investigación por el territorio mexicano, ya circulaba por las librerías, y yo estaba inmersa en la preparación del volumen II, rodeada de situaciones extrañas. Poco a poco me di cuenta de que rozar las puertas del mundo sutil provoca sucesos desconcertantes, por lo menos: desde casualidades inauditas hasta que la televisión se prenda sola. A este anómalo desperfecto electrónico me he acostumbrado un poco; simplemente apago el aparato, digo en voz alta “Dejen de molestarme” y, por lo general, quienquiera que haya sido deja de hacerlo. En cambio, a las casualidades imposibles, sincronías y sinergias inesperadas todavía no me acostumbro, y no dejan de causarme asombro y dejarme boquiabierta.

Alethia se había convertido para mí en la vocera del universo sobrenatural de México. En las mañanas, antes de ponerme a trabajar, muchas veces sentía un cosquilleo, un nerviosismo. Su presencia parecía acompañarme en cada momento, cuidando mi propia labor. Yo por mi parte pensaba mucho en ella: me la imaginaba mientras recopilaba los testimonios, recorriendo el país con esa disposición del alma y el oído para escuchar sin prejuicios lo que la gente le contaba. Me alegraba mucho

haberme convertido en la editora de su libro y, en cierta forma, su vocera.

Y entonces comenzaron a llegarme correos: primero uno, tímido; luego otro, y otro más. Casi todos creen que yo soy Alethia. Unos preguntan si soy chamana y, en tal caso, si puedo hacer con ellos un ritual para esto o aquello. Me apresuro a contestarles que no, que mis conocimientos son meramente literarios y no sé nada de magia. Me pregunto si Alethia sí tendría algo de maga o chamana, pero eso quedará para siempre sin respuesta. Ahora los correos no paran. Los más frecuentes son de gente que ha tenido encuentros con duendes o fantasmas. No falta quien me aclara que su mente es científica y racional, pero quiere saber qué tan ciertas son las historias de duendes para ver si los remedios que recomienda Alethia de verdad sirven. Hubo, me acuerdo, una larga consulta sobre un duende que le causaba muchas molestias a un hombre en Veracruz. Le di todos los remedios que se mencionan en el volumen I; él los puso en práctica, y me escribía para narrarme los avances. Al final se libró del ser aquel, y estaba muy agradecido. Más tarde, un biólogo que trabaja en la selva de Quintana Roo me escribió muy alarmado para preguntarme si la fauna fantástica del mayab en verdad existe. ¿Qué podía decirle? Medité mi respuesta por varios días. Si le decía “No, no existen, haz tu trabajo tranquilo: son puro cuento y no pasa nada”, sentía que estaría traicionando una verdad que hunde sus raíces en la historia del mundo: en todas las culturas, en todos los pueblos se habla de estos seres. Al final le escribí que no había visto a ninguno de ellos con mis propios ojos, pero que las historias testimoniales recopiladas por Alethia me convencían de su existencia y era mejor que tuviera cuidado. Me sentí bien al decirle eso: fue la primera vez que acepté que mis propias fronteras entre la fantasía y la realidad se desvanecían irremediablemente.

Estoy segura de que el material de este volumen (brujas, tesoros escondidos, seres fantásticos antropomorfos y la Llorona) llevará al lector por territorios misteriosos, alienantes, a veces de lo más humanos y otras absolutamente ultraterrenos. Y cuando vuelva, este mundo cotidiano dejará de ser ordinario y podrá verlo con otros ojos: los del asombro.

Norma Muñoz Ledo

1 de octubre de 2005, Pitiquito, Sonora

Estimado Ulises:

He pensado mucho en usted. No lo conozco, no sé cómo es físicamente, pero está en mi mente cuando escribo, como si lo tuviera frente a mí al contarle todas estas cosas. Desde que era muy pequeña he sido una persona solitaria. No es que no haya tenido buenos amigos; tampoco hablo de una soledad forzada o de rechazo. Simplemente me gusta estar conmigo, recorriendo los caminos de mi propio laberinto. Soy muy diferente de otros de mi edad: pienso y siento de otra manera. Cuando usted lee lo que escribo, es como si me escuchara. Le agradezco que se conmueva, que me pregunte, que sienta temor y curiosidad.

Entiendo perfectamente la situación de no retorno en que lo ha colocado el material que le envié sobre la muerte. Cuando uno se adentra en el mundo sutil, su núcleo —que quizá no sea otro que la *aletheia*— ejerce un poder de atracción tan poderoso como el *glamour* de los seres que lo habitan. Y temo decirle esto, pero igual lo haré: usted llegará al punto donde no hay vuelta atrás. Sé que su forma de pensar le exige explicaciones a gritos, pero no sucumba a la tentación de esclarecerlo todo con palabras, pues hay cosas, más aún aquellas que nos causan desconcierto y terror, que escapan a la comprensión humana: lo único que podemos hacer es darnos cuenta de su existencia, aceptar que son. Si los largos y helados dedos del pavor le oprimen el pecho, *siéntalo*, Ulises. Si tiembla, siente un frío de muerte, los dientes le castañetean y el cabello de su nuca se eriza... simplemente *sienta*. Sumérjase sin resistencia en la sensación, deje que el miedo se disuelva en sus células, *permítale estar*.

Como le he dicho desde un principio, lo que mis documentos consignan es verdadero. Por eso, por ser real, el mundo sutil nos mueve, nos embruja, nos atrapa al punto de que ya no podemos soltarlo. Acaso se trate del poder de la remembranza. Cada vez que una historia se apodera de mí y me hace sentir verdaderamente en otro sitio, tengo la convicción de que existe una liga profunda y arcana, algo que va más allá de las habilidades narrativas del autor. ¿En cuántos lugares desconocidos —y, a la vez, perfectamente familiares— he estado, llevada de la mano de sus creadores? La Tierra Media, Tierramar, el Valhalla, la Tierra de los Confines, Lemuria, Lilibut, Númenor, la Atlántida... De todos esos sitios guardo gratos recuerdos; sin embargo, una parte muy grande de mi corazón se quedó en la Tierra Media. ¡Cómo me hubiera gustado vivir ahí! Cuando terminé la lectura de *El Silmarillion*, *El hobbit* y *El señor de los anillos*, lo único que sentía era una irremediable nostalgia. ¿Por qué tenían que acabar?! ¿No podía Tolkien haber escrito todo lo que pasó después, para que yo pudiera seguir leyendo esas vidas y aventuras hasta llegar a anciana? Al llegar al punto final, sentí que la Tierra Media y sus habitantes huían de mis manos como un animalito nervioso: no podía retenerlos. Desde luego, siempre quedaría su recuerdo dentro de mí, pero no de la misma manera. Mientras leía los libros, de verdad estaba ahí, junto a ellos, en el asombro, en la esperanza, en la alegría, en la zozobra. He leído a otros autores y he releído a Tolkien queriendo sentir de nuevo la delicia de deslizarme sin ningún esfuerzo a un lugar perfecto que era como mi hogar, pero nunca, hasta ahora, me había vuelto a suceder.

Como otros han hecho, relaciono el universo de Tolkien con la mitología nórdica: los nueve mundos del árbol Yggdrasil, uno de ellos Midgard, la Tierra Media, habitada por elfos, hombres y enanos. A veces pienso que lo que hoy nombramos fantástico o mitológico, en un tiempo quizá perdido para la arqueología fue real.

Le escribo ahora desde Desemboque de los Seris, en Pitiquito, Sonora, viendo una puesta de sol absolutamente espléndida en este pequeño pueblo de pescadores conca'ac. Me gustaría enviarle fotos de este momento, pero esta mañana salí al mar en un pequeño bote y mi cámara cayó al agua. ¡Cuánto lo senti! No sé cuándo pueda volver a comprarme otra, y además tenía unas tomas maravillosas de la fiesta a la que asistí ayer para celebrar el término de una canasta de la buena suerte. Los conca'ac no suelen permitir a los fuereños participar en estas ceremonias, pero fui afortunada y me invitaron. Es algo muy especial compartir un trozo de existencia con quien piensa y vive de manera distinta a uno. La sabiduría conca'ac es dulce y sencilla, serena como el azul profundo de las aguas del Mar de Cortés. Ellos piensan que el cosmos está vivo y que cada objeto en él tiene una esencia capaz de transmitirse a quien lo toca. El material que ahora le envío trata justamente de la capacidad humana para reconocer la vida y los atributos del universo entero. Esta habilidad está en desuso y corre el riesgo de desaparecer. Eso sería lamentable; el Cosmos no sólo tiene una voz: ¡también tiene tanto qué decir!

Me despido de usted.

A. Ventura

La naturaleza y los objetos de virtud

En este capítulo desfilan objetos, plantas, presencias intangibles y fenómenos naturales que, si bien carecen de una vida como la de los duendes, los animales sobrenaturales o los seres antropomorfos, están animados por la magia. En ellos está presente, pues, la energía numinosa que provoca eventos asombrosos.

A lo largo de la historia han existido innumerables objetos mágicos: escudos, varitas, manteles, cajas, árboles o anillos con cualidades teúrgicas que han sido objeto de numerosas investigaciones que nos aproximan a la verdad sobre su origen. Gracias a estos estudios, los expertos han llegado a seis importantes conclusiones:

1. Existen objetos, plantas y fenómenos naturales que, por causas que permanecen en el misterio, poseen un encantamiento y producen fenómenos más allá de las leyes de la Naturaleza, tal como las conocemos.
2. En ocasiones los atributos asombrosos surgen de la carga de magia y misterio imperante en cada región. Por ejemplo, presenciar un eclipse de Sol en Chihuahua no pasa de ser un impresionante fenómeno natural, mientras que asistir

al mismo suceso en la zona maya puede poner en riesgo nuestra vida si no estamos debidamente preparados.

3. Hay una categoría de objetos creados por el ser humano o por la Naturaleza, que carecen de atributos mágicos, pero sufren una transformación al pasar por ciertos rituales. Reciben entonces un poder prodigioso que el objeto conservará durante todo el resto de su existencia. En ocasiones es un ser muy poderoso el que concede estos atributos. Cualquier objeto puede poseer cualidades extraordinarias, pero es muy difícil preverlo.
4. En teoría, cualquier persona puede portar un objeto prodigioso y beneficiarse de su magia, salvo cuando el objeto exige cualidades especiales a su dueño. A veces el bien puede tenerse por siempre; otras veces su posesión es temporal, como ocurre con la piedra del venado.
5. Hay objetos creados por una persona, como las canastas de la suerte, cuyas cualidades benefician exclusivamente a su creador, quien además será su único propietario.
6. Otros objetos aseguran la buena fortuna de su poseedor, como la piedra de Pedro de Urdimalas, y por eso son muy buscados. Sin embargo, en las relaciones con el mundo mágico suele ocurrir que mientras más se busca algo, menos se le encuentra (o como dirían en Yucatán: “Lo busco, lo busco y no lo busco”). Lo más probable es que los objetos mágicos se atraviesen en nuestro camino de manera inesperada o incluso que estén frente a nosotros y no nos demos cuenta. Lo importante, en todo caso, es saber qué hacer y cómo actuar si llegamos a toparnos con alguno.

Árboles de la región totonaca

Localización: Totonacapan (parte norte de la sierra de Puebla, norte de Veracruz, extremo oriental de Hidalgo)

La llovizna y la neblina son acompañantes comunes —aunque impredecibles— de quien viaja por esta región. Al pasar por el municipio de Huehuetla, en el estado de Puebla, escuché noticias poco agradables: días antes, una banda de talamontes había tomado por asalto una zona boscosa cercana a la cabecera municipal y barrido un amplio círculo de árboles con la perfección quirúrgica de las sierras eléctricas. Les bastó exhibir, colgadas al hombro, ostentosas metralletas para alejar a la enojada población.

Cuando llegué a Kuwik Chucut, una y otra vez la gente me contó lo ocurrido. Además de enfado sentían indignación y desprecio por el cruel maltrato a los árboles. Su actitud me asombra y me encanta. Al notar mi interés me dijeron que fuera a conversar con el viejo Chapolin, que tiene un vainillal a la salida del pueblo.

Caminé hacia su casa bajo el *chipichipi*, seguida por un pequeño grupo de curiosos que me abandonaron en cuanto entré en la propiedad. Getulio y su esposa Heriberta, limpiamente vestidos de blanco, estaban en sus mecedoras del porche tomando chocolate. Me recibieron amablemente y me ofrecieron un poco de su bebida en un pequeño cuenco de barro.

Después de un día de caminar bajo la lluvia, un chocolate caliente perfumado con el más delicioso aroma de vainilla parecía una visión caída de un perfecto cielo precolombino. Nunca había probado —y dudo volver a hacerlo, a menos que regrese a Kuwik Chucut— un chocolate como ése. Casi pude ver frente a mí el gesto de sorpresa y placer de los rostros europeos en tiempos de la conquista, cuando olfatearon por primera vez

en su larguísima vida el aroma seductor del chocolate con vainilla. Getulio Chapolin es dueño de un solar en el que siembra la vainilla, planta trepadora que utiliza otros árboles para crecer.

“Aquí los árboles son sagrados”, me dice don Getulio. “No es que uno no los corte cuando los necesita, que para eso está la tierra, para darnos lo que necesitamos, pero hay que pedirle permiso al dueño”. Don Getulio se queda callado un momento y luego señala un frondoso huanacaxtle que está cerca del porche. “Ese árbol no lo corto aunque me muera. Lo defendí cuando era muy joven porque querían tumbarlo, así nada más, sin pedirle permiso, y eso no se hace. Los árboles tienen vida y un espíritu que es su dueño. Para cortar un árbol hay que pedirle permiso



a su propietario y echarle aguardiente alrededor, así el dueño se sale del árbol y da permiso para tirarlo. Si esto no se hace, es muy difícil cortarlo, al menos con hacha: en cuanto se da el primer golpe, se siente una descarga eléctrica que recorre el cuerpo y la persona cae desmayada. Tampoco hay que pararse ni sentarse sobre un tronco recién cortado, pues su espíritu, que no se va totalmente hasta después de un buen rato de haberlo derribado, es capaz de enfermar a la persona que se pare o se siente en el tocón. En ese momento no siente nada, pero en la noche sueña que un árbol se para sobre su estómago. En su pesadilla trata de levantarse, pero, por más que lo intenta, no puede hacerlo, pues la sensación del árbol oprimiendo el vientre es real y poderosa. Este sueño se repite durante varios días, y si no llevan a esa persona con un hierbatero para que le extraiga la fuerza del árbol que se le metió adentro, se enfermará gravemente del estómago, le darán hemorragias internas y acabará muriéndose.

”Así le pasó a mi cuñado Tolentino Cuetzpalin hace diez años. Estaba necio con tirar un árbol que estaba en su casa, *asegún* él que las raíces le andaban tumbando una pared. Quiso que lo ayudara y le pedimos permiso al dueño y todo, pero apenas terminó de cortarlo se sentó en el tocón porque estaba cansado. Fueron unos segundos, pero con eso tuvo: se murió a las dos semanas. Ya ni siquiera pudo arreglar la pared”.

Arcoíris

Localización: Chihuahua, parte norte de la sierra de Puebla, norte de Veracruz y el extremo oriental de Hidalgo

Camino junto a Evelio Wasaró y su hijo Chipawí, ambos de la comunidad Ocoviachi, municipio de Maguarichi, en Chihuahua. Nos dirigimos al lugar donde hace cuatro años ocurrió el fenómeno. Rarámuri de 41 años que no conoce otro lugar más allá de su pueblo, Evelio nunca ha escuchado que este mismo fenómeno ocurre en otros estados de la república muy lejos de aquí.

Después de andar durante 45 minutos llegamos a una pequeña colina, donde hay una enorme roca y un encino de buen tamaño. La vista de la serranía es impresionante.

“Andábamos con las chivas —me dice—. Yo traía a mis dos hijos grandes, Chipawí, que aquí está, y Nakarópari, que ya no está. Como al mediodía empezó a llover: era pura lloviznita, no mojaba, y el sol no se quitaba. Seguimos andando, se veía bonito, todo brillaba. En eso, lo vimos aparecer aquí mero, entre la piedra y el árbol. ¡Ay, estaba rebonito! ¿Usté ha visto a un korimí (arcoíris) en donde nace? —le respondo que no y Evelio suspira hondo, aunque no parece triste—. Yo estaba un poco más allá, pero la niña estaba más cerca y me gritó: ‘¡Mira, onó, mira!’ . Era como una cascada de colores. Nakarópari estaba muy cerca; yo le grité: ‘¡Párate ahí!’ , pero... ¡qué caso me iba a hacer! Apenas tocó al korimí, se la chupó toda enterita. Chipawí y yo no podíamos sacarla, porque si tocábamos el arcoíris nos pasaba lo mismo. Pero ella se veía recontenta. Luego los colores se fueron haciendo aire, hasta que desapareció, con todo y Nakarópari. ¡Ay, cómo lloramos! Mi esposa Kárare la extraña mucho.

”Pero el año pasado aquí andaba con mis chivas, estaba solo (mi esposa ya no me deja salir a pastorear con mis hijos), cuando volvió a llover. Era lo mismo: una lloviznita con sol.